

# CRONICA DEL CANTAR COLOMBIANO

P O R

*Eduardo Lira Espejo*

**C**olombia, tierra de América a la que ávidamente, en mi adolescencia, de los diecisiete a los dieciocho años, pensé recorrer en soñadora peregrinación, tiene para mí, después de haber permanecido casi dos años en ella, un recuerdo glorioso, verde y sonoro. Cada vez que mis pasos se alejaban, adentrándose en el suelo de nuevos países extraños, estaba presente el tiempo, parte de mis años mozos. Y en floración de recuerdos sigo mis huellas pretéritas en nostálgico caminar.

Entonces es cuando escucho melodías y músicas enraizadas en sus gentes y su paisaje y acaricio la alucinante variedad de flores de orquídeas con que llenaba los fríos cuartos de hotel para el gozo íntimo de mi dulce compañera y esposa y que ella, con su sabio pincel de pintora, aprisionó en decenas y decenas de láminas delicadísimas, realizándolas como simple documentación recordada.

Y al seguir esta trayectoria de viajes, quizás por muchos años más, se me vuelca el corazón y sigo traginando en papeles, apuntes, libros y recuerdos emocionados, manteniendo siempre una avidez melancólica por Colombia.

## *Penetrando en el pueblo y su música:*

Recorrí todo Colombia al igual que otros países de América, por supuesto sin representación y mucho menos con ayuda oficial. Vi y gusté, oí y aprendí todo lo que me interesaba, desde Cúcuta a Ipiales y de la cordillera al mar, de las grandes ciudades al más humilde y donoso pueblito.

Allí supe algo del cantar del pueblo colombiano, de su poética siempre espontánea y noble como de su generosa cordialidad.

Hay una línea musical popular en Colombia que corre, se puede decir, paralela a los Andes. Se hace inquieta, irregular en el ritmo, expresión viva y optimista, en el norte, entre los dos Santander. La cercanía a Venezuela influye poderosamente en esto. Sirva de ejemplo el *pasillo*: desde Bucaramanga a Cúcuta, se tiñe un tanto del espíritu del *joropo* venezolano, mientras que éste, el *joropo* de Venezuela, en esta región de los Andes (Estado del Táchira) tiende a la sobriedad y se acerca al *pasillo* colombiano. Es un verdadero trueque musical. Siguiendo la gran vértebra andina, hacia el sur, la música se impregna de melancolía en Boyacá y Cundinamarca, para hacerse francamente plañidera, de movimiento lento, concentrada e indígena en Nariño, fronterizo con Ecuador.

Esta sola observación bastaría para realizar un concienzudo estudio y mostrar la variedad expresiva y vertebral del cantar colombiano. A lo largo de todo el país, la poética y la música acusan un temperamento rico en matices, hábil y seguro al utilizar los recursos expresivos. La variedad de giros melódicos, de formas musicales, de danzas y bailes, está en relación directa a esta imaginación creadora del pueblo colombiano, cuyo carácter y espíritu, a veces disímiles de región a región, se halla vivo en su producción folklórica. Muchas veces he encontrado coplas que son familiares a Venezuela, al Perú o a mi tierra de Chile. Si bien es cierto esto, como sucede con todo el folklore de América, tan emparentado con el de España, es cierto también que el pueblo colombiano las ha retenido por vecindad espiritual, las ha asimilado dándolas, a veces, un ropaje que las transforma totalmente; melodías muy colombianas las hacen canciones propias. Quiero citar una copla que debe ser española, la que he encontrado sin variante en Venezuela, Colombia y Bolivia:

*Pasé ayer por el romero,  
cinco hojitas le cogí;  
cinco sentidos que tengo,  
los tengo puestos en tí.*

Muchas de las canciones y danzas son comunes en todas las regiones. Y el *bambuco* adquiere un carácter de nacional. En las montañas de Antioquia, pueblo y tierra de toda mi predilección, los mineros cantan *bundes*, *cañas*, *fandanguillos*, algunos con letras capciosas y de una picardía a toda prueba; en los llanos se oye el ritmo rudo del *zoropo*, del *galerón* y la *guacharaca*. En la costa del Atlántico, los *porros* endemoniados y picantes en la intención, las *cumbiambas* de enloquecedora alegría y tantos extraños ritmos negros. La *guabina* y el *torbellino*, dejan una nota lírica, soñadora y un poco indígena en los alrededores de Bocayá. En los dos Santander, el *pasillo* y el *torbellino* olvidan la queja dolorida del boyacense para mostrar un optimismo a plena anchura. Desde el Cauca a Nariño, al acercarnos a la frontera, la melodía tiende a encontrar un correspondiente en los tipos melódicos incaicos.

La expresión musical en Colombia está muy determinada por el paisaje. El que haya viajado sin apresuramiento y con ojos avizores, podrá fácilmente explicarse las diferencias en las expresiones musicales colombianas. Es que la diversidad del paisaje del Huila y la sabana de Bogotá, los Andes de los Santander, pleno sol y trópico, y los Andes de Nariño que nos anuncian el Altiplano; la luminosidad y vegetación feraz y serena del Valle del Cauca, frente a la vegetación selvática, inquietante y tremenda del Magdalena, están mostrando la clave de los cantares y decires de este pueblo.

Esta gran cantidad de tipos musicales populares de los diversos departamentos, tienen en los límites de cada región un gran nú-

---

mero de variantes. Tonadas y danzas cuya sola enumeración daría una lista muy apreciable. El número de coplas y de poesía popular es insospechable. Esta vida de viajes constantes me impide tener a mano toda la documentación deseada. Ni siquiera puedo consultar el Cancionero Antioqueño (?) de don Antonio José Restrepo, o el Cancionero de Santander (?), publicado por la Dirección de Educación en Bucaramanga y tantas otras obras y apuntes personales que por la dificultad de transporte han ido quedando en uno u otro país. En un equipaje recién recibido he encontrado una recopilación personal de más de mil coplas y poesías populares y nunca mi admiración ha sido tan grande como ahora, al remozar recuerdos y experiencias, al extremo de moverme a escribir esta crónica.

*El bambuco a través de toda Colombia:*

Para el colombiano, la danza nacional es el *bambuco*. Pero al viajar por Colombia es fácil comprobar que no se baila en todo el país y aun se le niega esta categoría y se le discute. Es que acerca del bambuco pocos están de acuerdo. Su música ha sufrido, en el propio país colombiano, fuerte influencia de forma y carácter de las diversas regiones. Por esto, su ritmo tan sutil y popular, no puede ser encasillado en determinada cifra. Para algunos es ternario y para otros es binario. Y más de alguna vez un bambuco tiene de estos dos ritmos, adquiriendo la música una elegancia y donaire singulares. Don Guillermo Uribe Holguín, sobresaliente figura de compositor, afirma «que el ritmo es lo que caracteriza, en efecto, la esencia de estos aires, siendo en ellos la armonía pobre en extremo y la melodía poco variada, monótona, de una regularidad hiriente a causa de su cuadratura, necesaria por ser estos aires aplicados generalmente al baile, y frecuentemente de una tristeza chillona que se busca por medio del modo menor con la sola alteración de la sensible, haciéndose así el intervalo de segunda aumentada, considerado triste. Es lo más usual que lo canten a dos voces y en terceras, lo cual se llama *hacer segundo*, usando de largos calderones al final de ciertas frases».

La estudiantina acompaña a los cantadores; es un conjunto muy sencillo: bandola, tiple y guitarra. La bandola, cuyas cuerdas al aire son sol, re, la, mi, si, en llave sol y de sobre la pauta, al si, una línea bajo la pauta. Es tocado este instrumento con plectro, produciendo sonidos mantenidos por trémolos. El tiple, cuyas cuerdas, mi, si, sol, re, esto es, del cuarto espacio a bajo la pauta en clave de sol, tiene tres cuerdas para cada uno de estos sonidos; la cuerda del centro de estas tres llamada *requintilla* y a octava baja; se exceptúa de esta particularidad la prima. El ambiente armónico del tiple es delicioso y muy sonoro. Hay en la música del bambuco un deseo perenne de cantar el pasado, melancólica tristeza de lo inalcanzable, quejumbre y dolor siempre noble. La alegría y la incitación al placer en raras ocasiones se hacen presentes. El tono

---

menor con tímidas modulaciones al mayor, sirve de marco apropiado a esta melancólica inspiración.

*El tiplecito que toco  
tiene lengua y sabe hablar;  
sólo le faltan los ojos  
para ayudarme a llorar.*

*Una pena y otra pena  
son dos penas para mí.  
Ayer penaba por verte,  
hoy peno porque te ví.*

*La caña, con ser la caña,  
también siente su dolor:  
la meten en el trapiche,  
le muelen el corazón.*

*Las estrellas en el cielo,  
la luna en el carrizal.  
Boquita de caña dulce  
quién te pudiera besar.*

Y las coplas y los estribillos reflejan siempre una atmósfera desoladora; sin embargo, el baile, suelto y con pañuelo, es más pícaro: la hembra tan presto busca como huye del macho.

#### *Ritmo y sensualidad del negro:*

Así como el bambuco es nostálgico, la costa atlántica presenta una variedad de canciones y bailes de un acentuado sabor negroide, chispeantes, jacarandosos, plenos de lujuria y sol, de ritmos endiablados y de melodía, de dibujo suelto e inesperado. Es una música contagiosa, excitante, trópico y sensualidad a flor de piel.

Un largo viaje por el sorprendente río Magdalena, acompañado del espíritu sutil y finísimo de mi esposa María Valencia, nos puso en contacto con una vegetación violenta de color y forma, con los pájaros de los más brillantes plumajes, con las frutas deliciosas y con la imaginación de un pueblo incontenido. Sorprendimos entonces magníficas revelaciones y la música se nos hizo presente sin escatimar ritmos de las más irregulares e imprevistas acentuaciones. Todo esto nos preparó a nuestra larga estadía en Cartagena, la cual, con Cuzco, Potosí y Quito, es de los grandes monumentos de la arquitectura sudamericana.

Los tres departamentos del Atlántico—Bolívar, Atlántico y Magdalena—visitados detenidamente, muestran un tipo de música opuesto al del resto del país. Es el imperio del negro y de sus atributos musicales. Y la poesía, como la música, se tiñe inmediatamente de este sabor. Estas dos cuartetas las escuchamos en Santa Marta:

*Yo estoy queriendo un zambito  
que es del cielo una beldad:  
zambito que quita el sueño,  
qué tal zambito será.*

*Yo estoy queriendo un zambito,  
chiquito pero buen mozo,  
el de los ojitos negros  
que apenas le apunta el bozo.*

Es una alegría constante la del costeño y la variedad de fiestas, de ceremonias y de bailes son insospechables. A todos los bailes y aires del resto de Colombia, bambuco, pasillo, danzas, vales, etc., se agregan los muy característicos de la región: los *porros*, los *danzones*, el *mapalé*, los *merengues*, el *punto*, el *currulao*, la *puya*, la *cumbiamba*, etc. Muchos de los de este tipo pueden encontrarse también en la costa del Pacífico, pero la vivacidad del hombre del Atlántico es difícil de sobrepasar. Es una explosión de vida, de lujuria a plena luz y aire.

*Mujé de mis entretelas  
dame tu amó,  
dame tu amó,  
entre la curiara grande  
que así es mejó...*

*Se balancea la curiara,  
como tú y yo,  
como tú y yo;  
del amor al balanceo  
es lo mejó...*

Muy característicos son los *cantos de guitarra*, en que el ingenio poético es noble y chispeante. La cuarteta siguiente, citada por el infatigable investigador Emirto de Lima, justifica nuestra afirmación:

*Hojas de matarratón  
que vais en alas del viento,  
llévale mi pensamiento  
al ángel de mi pasión.*

---

*Danzas indígenas y danzas de carnaval:*

La danza está íntimamente incorporada a la vida social y religiosa. Puede afirmarse que en la actualidad se ha alejado de su carácter substantivo, y muchas de ellas ser consideradas como simples espectáculos. Sin embargo, lo ancestral y la tradición pueden, en un momento, y ante los ojos del erudito y del estudioso, estar en evidencia.

El acervo indígena de América tan expresivo, inconfundible y rico en danzas ligadas a la economía, al sentir social, exteriorizado en coreografías colectivas, en bailes totémicos, se enriquece con el aporte introducido por el elemento hispánico entre los siglos XVI y XVII. Con sagacidad y espíritu práctico, la Iglesia Católica jugó en todo esto un papel importantísimo. Había que sustituir las fiestas y ritos de idolatría de los nativos y buscar el equivalente, divirtiéndolo y catequizando a la vez. El evangelio así lo exigía. El fraile iconoclasta, el sacerdote dogmático o el simple cura bonachón trajeron las más divertidas y pintorescas pantomimas y hasta llegaron a plantear problemas de la fe, particulares y locales, como el de «Moros y Cristianos», propios de la España del momento. Muy extraño debe haber sido para este hombre americano, de espíritu y mirar límpidos, encontrarse como espectador frente a los autos sacramentales, escritos especialmente para él. Cuando se viaja por América, internándose en los más apartados y extraños lugares, el resabio de todas estas manifestaciones de tenacidad hispánica y religiosa, es fácil de reconocer. En particular en las regiones y pueblos del Perú, Ecuador y Bolivia. He aquí un magnífico tema para los folkloristas y también nos podrían dar un aporte muy serio los sociólogos. El espíritu catequizante y evangelizador de la Iglesia Católica y el espíritu primitivo, anímico, totémico, mezclado con las más sorprendentes derivaciones de la estructura económica, social y psicológica de los pueblos, reiterados en graciosos movimientos, en coreografías de profundo sentir filosófico, en colectividades, moviéndose aún en estructuras y organizaciones coreográficas pre-colombinas, donde la indumentaria occidental y la palabra y el verso castellano y la finalidad de fiesta religiosa católica no han logrado destruir su esencia, el ancestro que América ostenta como un presente donoso.

Recorrer a los cronistas de Indias es informarse a través del tiempo de todas estas músicas, danzas y fiestas indígenas.

José Ignacio Perdomo Escobar, autor del más documentado, acucioso y completo trabajo de «Historia de la Música en Colombia», afirma que «los indios colombianos tenían gran variedad de danzas religiosas y profanas. Las vemos inseparables de las ceremonias del culto, los velorios funerarios, los regocijos públicos, las bodas, los nacimientos, las cosechas, etc.».

Sería largo citar y describir todas las danzas y fiestas indígenas. Por otra parte, no cabe en una simple «crónica», como ésta, sino en un trabajo de índole folklórica. Sin embargo, mencionare-

mos algunas. Las grandes romerías de los indios chibchas de las regiones de Sogamoso, Bogotá y Tunja, efectuadas en Febrero y para celebrar la llegada de Bochica. Las grandes fiestas de los caciques al terminar un cercado, quizás análogas a las que celebran en la actualidad los arquitectos y dueñas de construcciones, conocidas como «tijerales»; las danzas de siembra, las ceremonias de «Huan», propia de los habitantes de Beyacá y en honor de la Luna. Los torneos en homenaje al Sol, verdaderos certámenes de poesía, música y danza, tan propios de los griegos o del medioevo.

Reminiscencias de este espíritu están latentes en diversas regiones de Colombia y en las épocas de carnavales afloran públicamente. A los habitantes de la costa atlántica, como un alto porcentaje negro, entusiasma el carnaval hasta el delirio. Desde el veinte de Enero más o menos, empiezan los bailes y comparsas y la música y la poesía están en pleno esplendor.

Las comparsas y grupos colectivos son muy frecuentes en esta época de carnestolendas costeñas. El observador se encuentra con las más extrañas vestimentas y las más alegres danzas y canciones. Aquella «Danza de los Diablos», vestidos de negro y rojo, con máscaras graciosísimas, espuelines y cachos y grandes uñas, se desarrolla en un movimiento de chispeante alegría. La maraca, la flauta y el tambor, sirven de vehículos a la música triste, quejumbrosa y gutural de la «Danza de los Indios Bravos», con su faja roja, sus plumas y flechas; frente a la presencia jerárquica del Cacique, se realizará el baile y las recitaciones de coplas.

*Yo soy el indio chiquito  
que vengo de la Goajira.  
Tengo la flecha en la mano  
para defender mi vida.*

La «Danza de las Pilanderas», la «Danza de los Coyongos», nombre de un pájaro, del cual adoptan el disfraz, la «Danza de los Pájaros», esto es, la maravillosa ornitología tropical, representada en este pintoresco conjunto: allí figuran el azulejo, el turpial, los guacamayos, el mochuelo, el sinsonte, el toche, el gonzalo, el sangre de toro, etc. Y así habría que agregar danzas y danzas, comparsas y comparsas. La Danza del Buey, de los Congos Grandes, la Chiva, el Gallo Giro, las Culebras, el Torito Arribeño y tantas otras que se exhiben en estas fiestas jacarandosas, desbordantes de pasión y ritmo que se prolongan hasta el Miércoles de Ceniza.

#### *Alegrías de Navidad:*

En Chile se han perdido las tradiciones de Navidad. Los nacimientos y villancicos que alegraron mi infancia han desaparecido. En los países del norte se conservan aún deliciosamente estas tradiciones. El nacimiento no puede faltar en casa alguna y son de-

rrоче de habilidad manual, ingenuos y populares en su confección. Durante todo el mes de Diciembre, al terminar la misa y otras ceremonias religiosas, el pueblo canta los *aguinaldos* y *villancicos*. Y no es sólo en la iglesia, sino que también en las plazas o en los lugares donde se ha levantado el nacimiento. Grupos de niños van de puerta en puerta a las casas, con sus instrumentos, a cantar coplas a Belén o al Niño, sabiendo que los dueños de casa han de corresponder con dulces, regalos o dinero.

Se pueden encontrar en Colombia, ya que nos hemos concretado a este país, viejos villancicos españoles del siglo XVII, que la España del Siglo de Oro trajo a América. Basta citar algunos existentes en Colombia y que pertenecen a la lírica española.

*Esta noche no dormimos  
que es la Santa Noche Buena  
y tenemos que llevarle  
a María la enhorabuena.*

Esta estrofa se encuentra catalogada en los «Cantos Populares Españoles», escogidos, ordenados e ilustrados por Francisco Rodríguez Marín, en la edición de 1883 de Sevilla.

Algunas de estas coplas son de una ternura admirable:

*Ahí viene el Niñito  
por el callejón,  
zapatitos verdes,  
medias de algodón.*

*La virgen lava pañales  
y los tiende en el romero;  
los pajaritos cantaban,  
el agua se iba riendo.*

La música ha conservado su austero sabor arcaico; melodías simplísimas y alegres sirven de marco al verso generalmente octosílabo, pero los hexasílabos y los heptasílabos también son frecuentes de encontrar. La gracia musical corre pareja con la poética de este género menor, de estos villancicos que en España ennoblecieron Juan de la Encina y Gil Vicente y más tarde Lope de Vega y Tirso de Molina.

El pueblo colombiano tiene una acentuada tendencia mística; el trovar «a lo divino», tan propio de los velorios, los innumerables poemas y canciones a santos y festividades religiosas, las «coplas para los angelitos», niños muertos en su primera edad, están revelando esta inclinación religiosa y mística. Ciro Mendía, gran señor y gran poeta, residente en Medellín, cita una hermosa copla que figura en la antología venezolana, y que escuché en Tunja, primero y en Popayán de Colombia, después. Simboliza el misterio de la

Eucaristía y «dadas las cualidades de que goza y la maestría con que está hecha, dudamos pueda ser hija del pueblo», dice Ciro Mendía en su libro «En torno a la poesía popular».

*En la mesa puse un vaso,  
en el vaso una redoma,  
en la redoma una rosa  
y en la rosa una paloma.*

Ciro Mendía, en la obra aludida, cita también un hermosísimo romance, tal vez colonial, y que «un minero en una noche de jarana y descanso» se lo dictó, refiriéndose este romance «al idilio y peregrinación de la Virgen Madre y del carpintero San José».

*Cuando el sol apuntó su rayo  
la luna no parecía.  
Caminan para Belén  
San José y Santa María.  
Santa María iba de parto,  
que dar paso no podía.  
Llegaron a una columna  
y allí pidieron posada.  
No les quisieron dar,  
porque allí no convenía.  
Santa María salió llorando  
de lágrimas, que no vía.*

*San José le consolaba:  
—Calla, no llores, esposa,  
calla, no llores, María.  
Llegaron a un portal  
donde una mula comía;  
allí pidieron posada,  
allí sí les quisieron dar  
porque allí sí convenía.*

*San José sacó candela  
con un eslabón que «tría».  
San José puso la mesa  
con pan de gloria que «tría».  
—Venite a cenar, esposa,  
venite a cenar, María.  
San José tendió la cama  
de rosas y alejandrías.  
—Venite a acostar, mi esposa,  
venite a acostar, María.*

---

*Al silencio de la noche  
los gallos que «menudiaban»,  
la gente que se dormía.  
Despiértase San José  
y halla su esposa parida.  
Los ángeles en el cielo  
repicaban de alegría  
al ver que ya había nacido  
el Niño Dios de María.*

*Bajan ángeles del cielo,  
unos con platillos finos,  
otros a vestir al Niño  
y otros a ver la parida.  
El Rey del cielo pregunta:  
—¿Qué tal está la parida?  
—Alentada está, Señor,  
en su sagrario metida.  
El demonio está «mu» malo,  
lleno de melancolía;  
porque los cristianos rezan  
el rosario de María.*

Y esta crónica, de recuerdo y emoción, puede ser inicial de trabajos de más puro folklore, que es necesario luego empezar, tarea que desde ya sé, nunca he de intentar, mas otros asumirán responsabilidades por oficio y afición y porque comparten, al igual que yo, el amor y la admiración de las gentes y de la tierra de Colombia.

Santiago, Marzo de 1946.

## LA ENSEÑANZA MUSICAL EN LAS ESCUELAS

En mi carácter de profesor primario y de escuela normal, me ha correspondido observar la asignatura de música en todos sus múltiples aspectos. Estas observaciones tomadas en el gran libro de la realidad y de la experiencia, estimo que pueden ser de cierta utilidad exponerlas.

El estudio precario de la música en nuestras escuelas, nos impone una seria preocupación, por cuanto las finalidades que en él se encierran son múltiples y de una importancia tal en el desenvolvimiento armónico de las actividades humanas, que es inconcebible que en un país que se precia de culto, no se hayan dado ya los pasos necesarios al efecto de llenar siquiera en parte este vacío. Y cuando hablo de cultura me refiero muy en especial a la cultura de las masas; porque son ellas las que constituyen el verdadero barómetro del progreso de las naciones.

Como profesor primario, responsable de las diversas asignaturas que contempla un programa escolar, llegué al convencimiento de que la música es una asignatura que reclama una situación de predominio entre las actividades escolares. Un concepto que parece un tanto exagerado necesita una explicación. Hay en el mundo una fuerza poderosa que nos abrumba y que desgraciadamente no constituye un ideal humano: el materialismo. Esta tendencia hacia la vida eminentemente práctica, desprovista de todo idealismo, es la que nos induce a cometer actos completamente reñidos con el espíritu humanitario y nos lleva, incluso, a la guerra que es la negación misma de las manifestaciones que nos diferencian de todo ser irracional.

A esta fuerza que aparentemente es incontrarrestable, se opone la más simple, la más sutil de las fuerzas: el arte. La música juega un papel indiscutible, capaz ella sola de contrarrestar la obra negativa del materialismo que nos corroe.

Sé que una de las finalidades que ha tenido en consideración Estados Unidos al dar el fuerte impulso que recibió la enseñanza musical, es la de crear esta fuerza espiritual, a fin de oponer una seria resistencia a aquella otra.

Si la música es acreedora a tal concepto, es porque se le reconoce una serie de finalidades que unidas forman un todo digno de ser considerado seriamente. Una de ellas, la finalidad estética, la que tiene por objeto formar un espíritu sensible ante las bellas manifestaciones que el mundo encierra, es de importancia tal que sólo este aspecto de la música justificaría cualquiera acción tendiente a mejorar nuestra enseñanza.

La historia nos demuestra que donde la civilización ha alcanzado un desarrollo prominente es en donde las manifestaciones artísticas han adquirido un fuerte impulso. El pueblo hebreo; Grecia, con su Siglo de Oro; la Edad Media en el siglo XIII, con su pre-renacimiento, en el que figuran personajes como Alfonso el Sabio, el Dante, Ricardo Corazón de León, etc.; el Renacimiento, con la